

representación figurativa y realista. Su noción de la perecibilidad resulta, en ocasiones, estremecedora.

Los más jóvenes

Son numerosísimos. Algunos aparecen, impactan y luego se esfuman. Otros se quedan un tiempo, dejan una huella atractiva, honda y desaparecen. Aquí solo puedo referirme a unos pocos nombres, el espacio no da para más. Confío en la trascendencia de la mayoría de los mencionados.

Las personalidades plásticas de Enrique Álvarez, que ha trabajado en México y Quito, y Olmedo Álvarez, que ha hecho su obra en Cuenca y U.S.A. son impresionantes. No solo, cada uno a su modo, representan el neopop —el de Enrique lleva de la mano las imágenes del retablo barroco, la prostitución y la violencia callejeras; el de Olmedo la sociedad más contemporánea y las limitaciones tercermundistas—, sino que el primero es un grabador de excelencia y ambos instalacionistas notables.

Jaime Landívar es el perfecto insatisfecho. Gran dibujante, neoexpresionista a ratos, abstracto, instalacionista. Sus trabajos pueden no gustar, pero nadie puede negarles calidad, impacto.

El llamado Grupo de Cuenca, integrado por Pablo Cardoso, que ha pasado fluidamente de lo realista y neosimbolista, y las expresiones posmodernas a lo conceptual; Eugenio Abad, que en su momento hace una vigorosa abstracción con elementos matéricos; Patricio Palomeque, que busca descarnadamente el sentido de lo erótico en varios lenguajes plásticos, y Tomás Ochoa, la personalidad más enérgica del conjunto, con una obra de grandes dimensiones y alcances, que va de los juegos con lo figurativo y el devenir animal, hasta las instalaciones en que lo pictórico ocupa un gran sitio.

Jorge Velarde es un pintor fuera de serie. Obsesión: el autorretrato, como santo, como pecador, como humano de todas partes y de todas las inclinaciones, en unas obras que van del caro expresionismo ecuatoriano al realismo estrujante y casi morboso. Se reveló —con Flavio Álava, Xavier Blum, el escultor Mauricio Suárez Bango y otros neovanguardistas, en el Salón «Vicente Rocafuerte» de artistas jóvenes, hace más de veinte años, y fue parte del grupo experimental Artefactoría, empeños tras los que ha estado siempre el historiador de arte.

Juan Castro y Velásquez, uno de los grandes motivadores de la plástica contemporánea del Ecuador.

Joaquín Serrano es un notable pintor, pero sus divagaciones neosurrealistas parecen traicionarlo a veces.

Marcos Restrepo es parte del grupo guayaquileño actual. Su arte es conceptual, laberíntico, inscrito en las nuevas demandas de lo contemporáneo.

Karloman Villota es hombre muy completo. Su Premio París le permitió contactarse con Europa y empapar su poderosa y múltiple creatividad americana de nuevas formas expresivas.

Marco Alvarado irrumpe en la fotografía digital con una fuerza de puñetazo en el rostro del espectador.

Adrián Washco busca incesantemente en lenguajes que mezclan desde lo neo-expresionista –tan caro a la plástica ecuatoriana– hasta lo minimalista.

Las influencias literarias de los bestiarios –que vienen de tan lejos como el hombre, que lo acompañan como manifestaciones de su poder generador de ensueños– y de todo el imaginismo y feísmo en la plástica, desembocan en los microuniversos utópicos, que nos fascinan con su cruel, ingenua o conmovedora monstruosidad en el dibujo delirante de Julio Mosquera y en las piezas escultóricas y pictóricas de Pablo Cavedes. Patricio Ponce logra trabajos de trascendencia, sobre todo cuando se apropia del tema de la soledad expresado por Camilo Egas en su Calle 13 y los reinterpreta magistralmente.

Omar Puebla es un artista jovencísimo, que cree en el juego como uno de los móviles del arte nuevo, y que dentro de esa concepción fue uno de los triunfadores del Salón Nacional previo a la VII Bienal. Juana Córdova inventa, innova, se convierte poco a poco en gran figura femenina del arte actual. Katia Cazar busca en lo conceptual una manera de decir todo su mundo interior riquísimo.

Lo más nuevo se expresa en este momento en la instalación y el arte efímero, como se pudo ver en la VIII Bienal de Cuenca, que tiene alcances latinoamericanos y significa mucho para el arte reciente en el país.

Numerosos artistas novísimos andan por esos caminos, que poco a poco van resultando trillados, entre ellos Javier Andrade, con una carrera de *metteur en scène* en Alemania; Sara Roitman, que basó su trabajo en fotos y proyecciones de gran calidad y Shamil Baibulatov en fotografía, Isabel Espinoza en un trabajo interesante, pero frío, con

papel reciclado; el Grupo Artemisa (integrado por creadores jovencísimos) en uno que mezcla lo instalativo y, una vez más, la idea de Duchamp, al volver objetos de arte dos dispensadores de chicles, concebidos como representaciones antitéticas; Ariadna Baretta y Verónica Pons, que encantaron con una instalación con referencias a Lewis Carroll y su historia fantástica, y el sugestivo trabajo instalativo de Catalina Carrasco y Gonzalo Arce.



Eduardo Kingman: *Los pastores*



Tránsito de la Virgen. Madera policromada. Siglo XVIII